

SALVAPANTALLAS

LUIS CHAVES

**Epílogo de
Mercedes Halfon**

los tres editores

*A Mayra,
hija de Carmen,
hija de Belén*

*A Mariajo,
la costura oculta
que sostiene todo*

*El libro ya no es un organismo unitario,
sino que ha explotado en el aire,
y lo que nos queda son las astillas,
las esquirlas de esa explosión.*

LORENZO GARCÍA VEGA

DEVASTACIÓN DEL HOTEL SAN LUIS

Tu cariño te obliga a estar de pie.

MONTE

EN FIN

Al fondo del cerebro, el voltaje de un ventilador diminuto, como el ruido de la compu. Algo anda bien o mal o como sea, lo cierto es que anda. La sensación general es: ha pasado tanto tiempo desde todo.

Esto podría empezar con cualquier otra cosa: con la vez que no le vino la regla a una jovencita a quien vi solo dos veces antes de esa noticia; o con la novia habanera, en Cuba, que trabajaba en el barco para turistas donde vivimos por tres semanas; o con una casa en Zapote por la que van pasando ya cuatro generaciones; o con la temporada que viví encerrado en esa casa, saliendo apenas para traer municiones; o con unos sucesos en el pueblo caribeño de Hone Creek; o con el día que Julia escribió un nombre por primera vez.

En fin.

CARAVANA

Me pica el grano de la rodilla. Lo rasco primero con cuidado de no arrancarlo. Poco a poco, ya presa de un impulso incontrolable, lo rasco y trato de levantar sus bordes con lo que queda de unas uñas que durante el día fui recortando con los dientes. Tengo siete años y, para este momento, una herida que dejará cicatriz permanente. Es el final de una tarde de vacaciones, la contabilidad del día es inusualmente neutra: mamá salió para el trabajo después de haber llorado otra vez, pero anoté dos goles (uno de taquito) en la mejenga sagrada de las tardes con los amigos del barrio, partido que terminó cuando Milton –requerido por su madre– se llevó la bola.

Todavía ni lo sospecho, pero este día quedará grabado en mi memoria y volverá cada tanto como la noche que, treinta años en el futuro, me voy a sentar a contar lo que pasó. Se acaba la tarde y, ya solo, camino por las calles de ese barrio de clase media hasta llegar a la

principal: la carretera que conecta Barva con el centro de Heredia. Me siento en el borde de un lote baldío a ver pasar los carros y regresar al inicio de este relato, a rascarme el grano de la herida con una cautela sustituida gradualmente por una pulsión extraña hacia el dolor. Estoy ahí cuando todos los vecinos ya regresaron a sus casas porque evito volver a la mía, pero eso lo digo ahora que elaboro un argumento imposible para mi cerebro de siete años. Hago sangrar mi rodilla, arranco malas hierbas que llevo a mi boca, escojo piedritas que ordeno en filas simétricas, veo carros pasar con una mirada que, sin motivación consciente, no es mía sino que pertenece a la especie que hace millones de años se levantó en dos patas.

Entonces sucede. Un metabolismo de siete años, semianalfabeto aún, ve pasar la breve caravana del circo Miller. Tres vehículos desvencijados con el logo pobre del circo en los flancos, un altoparlante que anuncia sus funciones del fin de semana en aquel pueblito insignificante y, en el último camión, dos elefantes viejos y flacos como pasas exageradas. No hay nadie más, estoy ahí sentado dejando al tiempo hacer lo suyo, siete años de habitar el planeta y veo elefantes en vivo por primera vez.

Me rasco una vez más, escupo de lado, como siempre, tratando –sin lograrlo– de hacer blanco en la fila de piedritas, me levanto y me enrumbo hacia la casa. Cruzo el portón y siento el olor del puré de papas, mi preferido, que me anuncia que llegó mamá. Saludo sin contacto físico, porque no conozco otra manera. Me siento en silencio

a la mesa y la veo cocinar y secarse los ojos cada tanto con el limpión.

–Ma –digo–, llegó el circo Miller a Barva, ¿me lleva el sábado?

–Dejate de babosadas –contesta, mientras me pone el plato enfrente.

Ceno solo, veo un poco de tele y rumbo a mi cuarto paso frente a la puerta cerrada de la habitación de mi madre. Ya metido en la cama, las sábanas pegadas a la herida abierta de la rodilla, dejo la lámpara encendida hasta que llegue el sueño, clavo la mirada en el cielo raso sin ninguna sensación particular. Afuera, el canto de los grillos crece en la noche. Igual que hoy.

ÍNDICE

<i>Nota del autor</i>	7
En fin	13
Caravana	14
Luz lenta	17
Italia 90 (o <i>starfield</i>)	18
La música interior	31
Ambulancias	32
El músculo débil	35
Bárbara y Belkis	36
<i>Milking</i>	53
Robótica	54
Descalza	57
El bolsón de Higgs	58
Fer	73
Conejo falso	74
Rosario, primavera	77
El zepelín silencioso	78
Balada para Adelina	92
Diario doméstico	94
La receta es simple	111
Roberto, Carlos	112
Hoy Julia	119
<i>Epílogo</i>	121
MERCEDES HALFON	

SALVAPANTALLAS

© Luis Chaves, 2014

© del epílogo, Mercedes Halfon, 2024

© los tres editores, 2024

www.lostreseditores.org

info@lostreseditores.org

Ulises, 65

28043, Madrid

Primera edición: mayo, 2024

ISBN: 978-84-124479-9-6

Depósito legal: M-9580-2024

Diseño de colección y de marca: Oriol Corsà

Imagen de solapa: Laura Astorga Monestel

Corrección: Diego Jiménez F.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Impreso en España / *Printed in Spain*

